

# TEATRO

Jaume Melendres

## Una provocación de Brecht

Título: *Galileo Galilei*.

Autor: Bertolt Brecht.

Estreno: 18-IV-79, en la Sala Villarroel.

Actores: Andrés Cienfuegos, Mónica Ruffolo,

Oscar Sosa, Rosa Castillo, Raúl Gómez, Ja-

vier Navarrete, José Manuel Mora y Francis-

co Prada.

Vestuario: Ruffolo, Prada, Garrido.

Escenografía: Sosa, Perotti, Mora y Gómez.

Dirección: Domingo Lo Giudice y Andrés

Cienfuegos.

Los puntos de contacto entre Einstein y Brecht son numerosos. El primero encontró en Galileo algunas sugerencias útiles para su teoría científica de la relatividad, que sólo tardó quince días en escribir. El dramaturgo tomó a Galileo como modelo para componer, en sólo tres semanas, su tratado teatral sobre la relativa utilidad poética. Brecht dedicó libros enteros a explicar científicamente sus obras de arte. Ambos compartían la opinión según la cual la ciencia puede proporcionar un intenso goce estético. Para Einstein, la demostración científicamente más correcta es la más elegante desde el punto de vista formal. Para B.B., la obra más artística es la que más se adapta al rigor de la ciencia.

No es de extrañar, pues, que la singular biografía brechtiana de Galileo Galilei comience de una manera que no tiene precedente en la escena: con una hermosa y completa demostración científica. Y tampoco es de extrañar que cuando la obra se estrenó en el teatro Coronet de Beverly Hills, esquina Hollywood, bajo la dirección de Joseph Losey, nadie lanzara gritos de entusiasmo.

Y ello, pese a la presencia de Charles Laughton en el papel principal. Laughton no se había limitado a aprenderse su parte y a cobrar sus honorarios. En realidad, puede considerársele co-autor de la versión inglesa. Laughton estaba enamorado del texto, ya traducido al pie de la letra, pero estimaba oportunas algunas modificaciones. Y Brecht, a la sazón exiliado en California, se dejó raptar por el actor. A B. B. le encantaba que los actores le enmendasen la plana.

Nació así una de las más fructíferas colaboraciones conocidas entre un actor y un dramaturgo. Fructífera precisamente porque pa-



«Galileo Galilei»

recía imposible. Brecht sabía poco inglés. Laughton, nada de alemán. ¿Qué hacer? Pues bien: traducir con el cuerpo. Brecht interpretaba una frase en mal americano o incluso en alemán y Laughton intentaba, a su vez, interpretarla. De este modo, habiendo comprendido primero el gesto universal que la frase llevaba implícito, Laughton hallaba su correcta traducción verbal. A veces, no. Brecht, en tales casos, modificaba el original. Se fiaba más bien de un buen actor que de sí mismo. Pero a Laughton no sólo le preocupaba el texto, sino también su representación. Dadas las condiciones climatológicas del sur de California en aquel julio de 1947, Laughton ordenó instalar alrededor del teatro Coronet grandes camiones cargados de hielo a fin de que «el público pudiera pensar».

Con tanto hielo y, sobre todo, con tanta innovación dramática en la misma boca del lobo hollywoodiense, el público mostró una gran frialdad. La crítica no fue despiadada, pero decretó que el texto era aburrido.

Brecht, en efecto, ni siquiera tenía la delicadeza dramática de enseñar el pavor de Galileo ante los instrumentos de tortura. No se decía nada acerca de la vida amorosa del sabio italiano. Y ni siquiera —cosa inadmisible en un autor comunista—, ni siquiera había escrito un panfleto contra la Iglesia. ¿Qué interés puede tener una obra de teatro sin ninguno de estos elementos? Además, quiénes

aceptaban complacientes que sus estudiosos hijos se disfrazasen con togas y birretes para recibir sus títulos de doctorado, convirtiendo así la universidad en un teatro, no podían aceptar que alguien convirtiese el teatro en una universidad. Aburrimiento.

La noche en que asistí a la representación del «Galileo Galilei» que el Grupo Internacional de Teatro nos ofrece en la Sala Villarroel también oí esa palabra. Y no hay duda que la magnífica puesta en escena del GIT fastidiará (en el doble sentido del concepto) a muchas víctimas de la televisión, a quienes prefieren el brillo de las lentejuelas a la mágica transparencia de las lentes de un telescopio. Y, encima, Brecht se permite el lujo de ser mucho más mordaz con el Zodiaco que con la Inquisición. Un acto imperdonable. Y es que Brecht no destruye una religión para crear otra, sino que socava una fe para oponerle una esperanza. El hombre frente al universo, frente a su cósmica ignorancia. Sin dioses que asuman la farmacéutica función del valium. Una provocación.

Porque Brecht, además, tiene la osadía de no mitificar ni siquiera a la razón. «¿Por qué te retractaste?», le pregunta Andrés a Galileo, sospechando que la debilidad del maestro era una inteligente astucia. «Me retracté porque temía el dolor corporal», responde Galileo. El hombre no es un compuesto de alma y cuerpo, sino de deseo y miedo.

Las intenciones del GIT al decir este texto parecen claras: se trata de contribuir a una batalla ideológica, de oponerse con arte a la secreta acción de un sistema que empuja a los rebeldes hacia ghettos donde se vuelve a cultivar la irracionalidad que más conviene a ese sistema.

Pero no bastan las intenciones. Es preciso tener medios. El GIT, dentro de la general escasez, cuenta al menos con el elemento humano imprescindible. Su nombre, para más detalles, es el de una múltiple pasión: Cienfuegos, Andrés. Co-responsable, con Domingo Lo Giudice, de la puesta en escena e intérprete de Galileo, Cienfuegos nos mete en la piel del personaje.

Así definida, su interpretación puede parecer una aberración brechtiana. ¿No debería, más bien, en nombre de la ortopedia, mantenernos a distancia? La solución a este problema desborda los límites tipográficos de una crítica. Pero si ustedes están interesados en el tema, vayan a ver el Galileo de Cienfuegos: a la vez opaco y transparente; claro y oscuro; víctima y verdugo.

A este Galileo sólo le falta una dimensión, pero ello no es imputable a Cienfuegos, sino a Brecht: no tiene sexo, su sensualidad es casi exclusivamente gastronómica. Sin embargo, el trabajo de Cienfuegos tiene el mérito suplementario de poner de relieve el déficit del dramaturgo y nos hace entrever, en la muda expresión de sus gestos, la violenta temura de un hombre que además de descubrir los satélites de Júpiter se debió descubrir a sí mismo como satélite de otros cuerpos.

«Galileo Galilei» es la más «humana» de las obras de Brecht. La más trágica en el sentido shakespeariano. Es el Próspero de «La tempestad» dudando entre ser y estar. La más pluridimensional. Andrés Cienfuegos lo confirma. Sólo hay que lamentar que los demás actores pidan asilo con excesiva frecuencia a unas caricaturizaciones aristocráticas, eclesiales o incluso proletarias que banalizan el esfuerzo trágico del protagonista.

Aun así, no se pierdan esta provocación.